



EL IMPACTO MATERIAL Y CULTURAL DE LOS ENVÍOS DE LOS MIGRANTES: LA JERARQUÍA EN LAS CONTRIBUCIONES AL CAMBIO Y MANTENIMIENTO DEL IMAGINARIO LOCAL

Luis Rodolfo Morán Quiroz*

EL ESPACIO SAGRADO DE LO COTIDIANO EN EL TERRUÑO

Hay dos maneras principales por las cuales el migrante expresa sus relaciones con la cultura. Por una parte, los elementos culturales transportados desde el terruño, independientemente de que su origen sea regional o exista una influencia previa a los contactos de los oriundos con esos elementos. Ejemplos muy claros de elementos transportados desde el terruño que no necesariamente tienen su génesis en el terruño son la religión y el lenguaje. Resulta obvio que ni el español ni el catolicismo son originarios de pueblo mexicano alguno, pero los migrantes mexicanos que se trasladan al norte los consideran como “propios” (aunque más bien han sido apropiados después de una larga historia de imposición).

Por otra parte, se encuentran los elementos culturales que los migrantes adoptan en el proceso del traslado y de asentamiento (temporal o definitivo) en los lugares de destino. En este caso se trata de elementos culturales con los que ha tenido contacto a partir del momento de su salida o incluso antes de ella, a través de otras personas que han migrado. Así, el idioma inglés, distintos estilos de música, e incluso los cambios en la profesión de fé hacia iglesias evangélicas, son algunos de los elementos que tienen que ver con la llamada “influencia cultural extranjera” (como si todas las demás expresiones culturales de los puntos de origen fueran autóctonos de cada localidad mexicana, parecería rezar esa frecuente acusación de quienes se consideran defensores de la mexicanidad).

El proceso de conservación de la cultura de la que se es oriundo se refleja en la mayor parte de quienes participan en los flujos migratorios. Para la mayoría de quienes se mueven por el

*Unidad de posgrado en estudios del desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

planeta, el lugar de origen, y no sólo el lugar de destino como en los relatos bíblicos, tiene un significado sagrado. Ese espacio, y la cultura que se desarrolla en él, son parte de un bagaje que se transporta por el emigrado como parte de un imaginario simbólico que se comparte entre quienes participan en el traslado, no sólo en el momento vivido, sino también por quienes participan del espacio y del traslado en el simbólico de la historia transmitida. Sólo en situaciones muy extremas los migrantes no pueden hacer uso de los elementos culturales que llevan consigo desde su terruño y su infancia. Evidentemente la cultura es así un cúmulo de soluciones a diversos problemas que enfrentan los individuos y los grupos, que van desde las más básicas de la alimentación, hasta las más abstractas e intangibles como la oración y las formas de comunicación con lo supra-humano.

La cultura del terruño incluye un elemento de sacralidad tanto para el mismo terruño como para los miembros de la cultura y la sociedad de origen. Todos nacimos en una tierra santa, que lo es por el hecho de haber sido el lugar de nuestro nacimiento, que puede ser o no el lugar de nacimiento de nuestros padres. Así, la cosa se complica aun más porque la tierra santa de nuestro nacimiento puede serlo por haber sido la que acogió a nuestros antepasados cuando ellos estaban fuera de su propia tierra sagrada, o por haber sido santificada por la presencia de sucesivas generaciones de ancestros. La santidad del terruño es casi ineludible, a no ser que se trate, una vez más, de situaciones extremas en las que los emigrantes sean desterrados y descartados absolutos.

Tanto la localidad de origen como la nación en un sentido más amplio, cobran significado en cuanto “lugar de nacimiento” de cada vida individual (lo que ya es en sí el nacimiento de un proyecto de vida) y también en cuanto lugar de nacimiento de un proyecto colectivo que poco a poco se estructura para legarlo a las nuevas generaciones. Este proyecto colectivo no sólo deja el legado de los sueños, sino también el de los logros, el de los retrocesos y recuperaciones del territorio simbólico, y por supuesto el de los documentos escritos y los representados en las piedras en pie o en ruinas. Este espacio del terruño es también el espacio para la defensa de lo propio y de la historia patria, frente a lo ajeno y lo otro y el de las historias de otras identidades. La cotidianidad se convertiría en situación crítica sin los anclajes que proporciona el espacio en que se desarrolla: lo material sirve de base para la memoria colectiva de lo que se fue y de lo que se quiere ser. Este “querer ser” es el elemento indispensable para que las remesas desde el extranjero y para que la relación con el terruño se conserven vivas. Quien envía divisas desde el extranjero (o dinero desde otra localidad nacional, que para este caso es lo mismo) tiene puestas sus miras en la conservación de una relación con quienes quedan en el espacio de recepción de los recursos. Y esta relación de “querer ser” miembro activo de una red social, por más pequeña que sea, representa el principal aspecto de proyectos que, de individuales, se tornan colectivos¹ (o viceversa, que de ser ideas del grupo se convierten en motivación para el individuo) y se cristalizan en muchos elementos que van más allá de la mera sobrevivencia de un cuerpo que tiene ahora más recursos para la alimentación. Los envíos de dinero no tienen así sólo la función de hacer que sobreviva el cuerpo de los miembros de la familia, sino que inciden en la conservación de un cuerpo social más amplio en el terruño.

¹ Carlos González Gutiérrez, Cónsul de asuntos comunitarios en Los Angeles, California, señalaba en 1994 que algunas de las organizaciones de migrantes mexicanos en California surgieron precisamente como resultado de una necesidad sentida de “orquestar una tarea colectiva específica, como por ejemplo la organización de una peregrinación religiosa, la colecta para la repatriación de un cadáver o el patrocinio de una obra de beneficencia pública en la comunidad de origen”. Esta aseveración señala la posibilidad de que las asociaciones de migrantes se formen a raíz de las inquietudes generadas por la relación con el *terruño*, y no tanto por las necesidades que suelen verse como si fueran más urgentes de ayudar a los coterráneos a conseguir un trabajo, documentos, alojamiento o servicios en el lugar de *destino*. Documento inédito y charla en Zamora, Michoacán, 1997 en el coloquio “Fronteras Fragmentadas”, El Colegio de Michoacán.

EL PROYECTO COLECTIVO
Y EL BAGAJE DEL MIGRANTE

Es innegable la importancia económica de las remesas en gran parte de las familias, localidades y regiones receptoras de recursos. Su importancia es tal que la expresión que consigna la migración como una “exportación” de mano de obra resulta bastante atinada si se toma en cuenta que la “mercancía” enviada resulta en beneficios materiales a los que de otra manera los espacios y poblaciones de recepción de divisas no podrían acceder.² En muchos casos, las remesas son el único ingreso familiar (o al menos al que se le reconoce la mayor importancia en el momento en que se considera la distribución del gasto), y siempre están relacionadas con un estilo de vida que, dividido en dos o más espacios que trascienden las fronteras internacionales, concentra el trabajo y buena parte de los años productivos y reproductivos de los miembros de la familia en Estados Unidos, mientras que posterga o desarrolla los proyectos del ocio y la vejez en las localidades mexicanas. Este recurso económico encuentra expresión no sólo en la sobrevivencia de los miembros de la familia, sino en un doble proceso de reproducción ampliada de la fuerza de trabajo por el cual la sociedad de origen se hace cargo de alimentar a la futura fuerza de trabajo a costos más bajos que en la sociedad de llegada de los migrantes, al mismo tiempo que se asegura que esa reproducción ampliada se extienda al campo de la cultura.

Este aspecto de “ampliación” de la cultura implica al menos dos procesos, por un lado el de la cultura transportada hacia el lugar de destino en el extranjero, y por el otro el que está más directamente relacionado con las remesas:³ el de la conservación de los símbolos locales en el

² Para una exposición de los argumentos del debate acerca de cómo las remesas son una expresión del vínculo entre desarrollo y emigración, véase el artículo de Volker Hamann, 2001:48 y ss. Nótese que las remesas son vistas, desde el punto de vista económico, como posibles depresoras de la actividad industrial, al especializar a las comunidades receptoras en exportadoras de mano de obra y en importadoras de bienes elaborados. Goldring, en su texto incluido en esta obra señala también algunos puntos de este debate. Sea como sea, las remesas acaban convirtiéndose en algo tan “natural” de recibir, y los billetes y casas de cambio en algo tan común de ver y se tornan en una parte del paisaje como lo es el que las plazas públicas se pueblen por mujeres, niños y ancianos ante la “naturalidad” de que los hombres en edad productiva estén en “el Norte”, y la naturalidad de que este ciclo de migración y retorno se convierta en parte de la tradición local y familiar.

³ Las remesas colectivas tienen un impacto palpable en el desarrollo local y regional a pesar de los debates en torno a cómo éstas inhiben los esfuerzos productivos en las localidades de origen de los migrantes. El significado cultural es evidente cuando se analiza el número de obras encauzadas a la conservación de los símbolos locales. Para 1996, por ejemplo, el gobierno del estado de Zacatecas reporta que entre 1993 y 1996 en el programa “Dos por Uno” se dio un gasto total de poco más de 16 millones y medio de pesos. De este monto, cerca de un millón 250 mil pesos se destinaron a la construcción y la rehabilitación de iglesias. De un total de 116 obras, 14 correspondían a este renglón, cifra similar a la cantidad de obras en los renglones de agua potable (13 obras, con un costo de más de 3 millones), drenaje y alcantarillado (10 obras con un costo de un millón 760 mil), apoyo al deporte y recreación (16 obras con un costo de un millón 469 mil), pavimentación de calles (9 obras, de cerca de un millón de pesos) y apoyo a la educación (8 obras, de 2 millones 126 mil). Para el año 2000, el programa “Tres por Uno” alcanzaba ya un total de 60 millones de pesos, y la inversión en obras relacionadas con iglesias (8.2%), lienzos charros (4.7%), becas (1%) y escuelas (6.9%), alcanza ya poco más de la quinta parte de los gastos de ese programa. Las obras relacionadas con obras hidráulicas como presas y pozos (6.3%), agua potable (7.4%) y drenaje (4%) alcanzan una proporción similar, mientras que las relacionadas con la pavimentación de calles (18.1%) y caminos (26.9%) son las que reciben una mayor proporción, casi la mitad del gasto total. Para 2001, el gasto en este programa en el que participan los gobiernos federal, estatal y municipal, además de la Federación de Clubes Zacatecanos alcanzaría los 72 millones de pesos. Los datos por rubro no estaban disponibles aún en el momento de redactar este artículo, pero puede estimarse que, de acuerdo con la tendencia de los años anteriores, la inversión en obras que conservan la cultura y reflejan la importancia de lo simbólico en las localidades beneficiadas por los envíos colectivos no son nada despreciables (información proveniente de los folletos del programa “Tres por Uno”, editados por el gobierno federal y estatal para los años señalados. Para el año 1996, la información del programa “Dos por Uno” aparece en la revista de la Federación de Clubes Zacatecanos del Sur de Zacatecas, Norwalk, California, noviembre 1996).

terruño y en su “ampliación” hacia otros aspectos de una vida cotidiana que se altera con la constante relación de los miembros de la familia y la localidad con la sociedad de destino. Mientras que los migrantes llevan consigo su cultura y crean espacios para su conservación en el lugar de destino, las remesas representan la posibilidad de materializar proyecto que no son únicamente una expresión económica, aun cuando en su materialidad expresen también los rasgos de un avance en la acumulación de capital en un sentido restringido. Este segundo proceso de ampliación de la cultura se corresponde con el primero de los procesos mencionados. Mientras que los migrantes van ganando terreno (literalmente, al expandirse la población inmigrante que proviene del mismo terruño o región) en sus expresiones culturales realizadas allende los límites locales, las remesas permiten una especie de “retorno” del proyecto de vida con el que se trasladan los migrantes.

En la discusión de la noción de “cultura migratoria” (Massey, citado en Morán), que suele asociarse con la migración repetitiva desde un mismo origen, los elementos del proyecto del regreso y la sustitución generacional, habría así que incluir la manera en que los recursos enviados desde el exterior (internacional o nacionalmente) tienden a alimentar un proyecto de conservación de los elementos culturales que cada migrante lleva consigo al salir de su pueblo. En otras palabras, cada individuo y grupo de emigrantes va no sólo con la idea de hacer la vida, por más nebuloso que se imagine el lugar de destino, sino con una idea bastante clara del tipo de cosas que le gustaría lograr en el espacio del que parte.

La reproducción de espacios similares a los del terruño en el lugar de destino se corresponde con la ampliación de expresiones del proyecto individual y colectivo que tantas veces se soñó en voz alta junto a los amigos y parientes en medio de los solares en donde se quiere lograr una plaza para el pueblo, o en las escasas sobremesas que se imaginan más abundantes después del cruce de la frontera. En este sentido, los envíos de dinero al lugar de origen recorren el camino inverso pero complementario de los envíos de artículos de consumo desde el terruño para que los migrantes vuelvan a saborear los colores de su localidad (Moctezuma, 1999). La relación con el proyecto simbólico familiar y local se hace cada vez más clara y visible en el terruño: la familia que envía y recibe el dinero para concretar los proyectos familiares e individuales se entrelaza con otros migrantes para trascender los esfuerzos y los envíos individuales para organizarse en forma de asociaciones con corresponsales en ambos lados de la frontera. Estas asociaciones llevan el significado de las remesas a un nivel más amplio: ya no se trata sólo del trabajo individual cristalizado en dólares que son recibidos en el terruño para aplicarse en los sueños familiares, sino que el uso de los recursos se amplía para asegurar que la cultura materializada se conserve y expanda.

Las asociaciones realizan así una doble tarea de actualización de la cultura. Convocan a los paisanos en el extranjero a participar en ocasiones festivas que tienen todo el sabor de lo que ellos perciben como “netamente” mexicano, como los bailes y charreadas, para luego asegurar que el proyecto colectivo se cristalice en ocasiones que muestran el deseo de conservar vivas la cultura en el lugar de origen y la relación con el terruño. Así, las asociaciones envían dinero para la realización de la fiesta patronal, el remozamiento de la iglesia y las imágenes de santos, la colocación de bancas en las plazas y atrios, la instalación de servicios que concretan al fin los sueños colectivos por los que se han esforzado tantos “hijos ausentes” durante tantos años (observación personal en distintas localidades alteñas y zacatecanas; entrevistas realizadas y proporcionadas por Carol Zabin y Joaquín Meneses, 1997).

LAS OBRAS REALIZADAS Y SU RELACIÓN CON LA HISTORIA
Y EL FUTURO EN EL TERRUÑO

Un renglón de gran importancia en las obras locales y regionales para el que contribuyen los migrantes colectivos con sus remesas (de especial notoriedad en el caso de los zacatecanos) es el referido al de obras hidráulicas (drenaje, alcantarillado, agua potable, presas y pozos). El impacto en la generación de espacios agrícolas de riego en vez de aquellos dependientes del temporal de lluvias está aún por evaluarse en cuanto a sus impactos en diferentes plazos e indicadores, lo mismo que en el caso del impacto de estas obras en las comunidades urbanizadas. Lo que queda en claro es que los migrantes en Estados Unidos, al contribuir con sus remesas colectivas están enfocando importantes esfuerzos para el mejoramiento material de sus comunidades más allá de los esfuerzos individuales que representan las remesas para el sostenimiento familiar inmediato. Tanto la agricultura como la atención a las estructuras urbanísticas reflejan una preocupación de los oriundos no sólo por conservar los vínculos con el terruño, sino por encontrar, a su regreso periódico, un espacio del que se sienten orgullosos por haber contribuido a mejorar con sus remesas. Las remesas impactan así no sólo en la construcción de la casa familiar, en la adquisición de terrenos o en proyectos de urbanización impulsados por dólares (como se muestra por ejemplo en el acelerado crecimiento urbano de la cabecera municipal de Arandas, en Jalisco), sino que también se reflejan en cuanto esfuerzo colectivo coordinado entre los emigrados y quienes se quedan.

El rubro de la inversión en obras que tienen que ver con lo simbólico y el imaginario es también considerable (véase nota, *supra*), y el papel de lo religioso y del turismo religioso resaltan en cuanto a la proporción de recursos de las remesas destinados a este fin. Más allá de las remesas colectivas dedicadas a las obras de construcción y rehabilitación de templos (designados como “iglesias” en los informes gubernamentales y de los clubes), los gastos en este renglón trascienden el alcance de las remesas propiamente dichas. Como puede constatarse fácilmente en las comunidades de origen de migrantes, el gasto en este renglón va más allá de lo registrado. Mientras que por una parte, en las respuestas a las encuestas se encuentra que quienes reciben el dinero declaran que lo usan en alimentación, la parte destinada a limosnas y artículos religiosos parece sub-registrada, por otra, los gastos que implica el traslado de los miembros de la familia y los gastos ya en la localidad para las fiestas patronales no son nada despreciables. Es evidente que el retorno para las fiestas implica gastos que en muchas ocasiones se derraman sobre la región, aunque no se reflejen directamente en lo declarado como dinero de remesas. Tanto las obras para los templos (o para las “iglesias”, aunque se trate principalmente para la iglesia católica) como las que tienen que ver con la construcción de lienzos charros, remiten a una necesidad sentida de conservar, fortalecer o incluso generar elementos culturales como la devoción local o las tradiciones relacionadas con la charrería y los trabajos en el campo. Esta última expresión cultural, que se materializa en múltiples localidades en el lado mexicano, suele extenderse a los espacios en los que se concentra una buena cantidad de emigrantes con origen común en determinada localidad o región. La construcción de lienzos charros se repite del lado americano, de la misma forma en que las fiestas patronales de la comunidad de origen se celebran a ambos lados de la frontera. Y estas celebraciones se realizan con inversiones (los edificios, los caminos que llevan a ellos) o gastos (la ropa, los equipos, las bebidas, la música) que en buena parte son financiados por los dólares devengados por los emigrados.

Además de las actividades mencionadas de conservación de las tradiciones religiosas y del deporte de la charrería, vale la pena mencionar que en buena parte las inversiones de los empresarios a ambos lados de la frontera suelen tener un tinte que identifica a sus negocios

con las identidades locales. Los restaurantes y otros establecimientos no sólo reiteran el nombre de la localidad y región de origen, sino que, en el terruño, suelen hacer referencia a los espacios de las regiones de destino. Las remesas que envían los migrantes como parte del capital inicial para esas empresas en el terruño y los recursos que se utilizan para fundar negocios en el norte, están directamente relacionados con elementos de la cultura del lugar de origen y con aspectos que “atraen” a quienes se interesan en consumir bienes y servicios proporcionados por los paisanos y que representan objetos y símbolos vigentes en la cultura cotidiana del terruño (o, a la inversa, que en el terruño les permite recordar y mantener el contacto con costumbres que ellos consideran más propias del lugar de destino y de la comunidad de oriundos que se desempeña cotidianamente a ambos lados de la frontera).

De la misma forma, las inversiones de los migrantes en la construcción de asilos, la distribución de becas o despensas, pueden considerarse como expresiones de valores culturales vigentes en el lugar de destino: el respeto por los mayores, la importancia de la educación formal, la ayuda a los coterráneos. Estas obras, que reflejan determinados valores, expresan no obstante otra cara de la moneda en cuanto a los impactos de la migración en las comunidades. Los asilos se construyen con recursos que vienen del norte en buena parte porque las familias en las que antes podía pensarse (o al menos tener la esperanza) en el apoyo a los miembros más ancianos, se encuentran divididas en distintos espacios y ya no hay quién cuide de los mayores. Las escuelas y las becas, que muestran el deseo de que las nuevas generaciones aprovechen la educación formal, delatan la frustración de quienes tuvieron que emigrar para sobrevivir y que declaran que si logran que los niños en su lugar de origen aprovechen la escuela, entonces no tendrán que emigrar como ellos lo hicieron (nota periodística del *Chicago Tribune* de diciembre de 1999, reproducida en la página del Club Monte Escobedo, Zacatecas, en Illinois, de la revista de la Federación para el año 2000).

Como ya mencioné líneas arriba, los siempre alimentados proyectos del retorno inciden en la inversión en obras individuales, familiares o colectivas con la esperanza de poder disfrutar de ellas cuando al fin dejen su lugar de trabajo en el extranjero para establecerse como empresarios o jubilados en su lugar de origen. Sin embargo, el proyecto del retorno, que forma parte de la llamada “cultura migratoria”, tiene también una significación más amplia si se toma en cuenta que la participación en las organizaciones colectivas y en la gestión de obras tiene un impacto importante si consideramos, como lo hace Goldring (en este volumen), que esta participación genera como resultado un cambio importante en la cultura política de los miembros originarios de localidades beneficiadas por las remesas. Ello muestra cómo la migración se relaciona con envíos de productos, recursos e “intangibles” asociados con la experiencia en el extranjero y de saberse tan lejanos de los lugares de origen.

HACIA UNA INTERPRETACIÓN DEL ESPACIO SIMBÓLICO EN EL TERRUÑO Y LA MATRIA

Las remesas hacia el lugar de origen no tienen tan sólo una significación económica. De hecho, puede argumentarse que toda actividad económica y toda materialización del esfuerzo individual y colectivo, sea mediado por los recursos dinerarios o por el trabajo directo, tiene un significado que va más allá de asegurar la sobrevivencia. Cada ser humano sobrevive dentro de los límites que su cultura le permite visualizar, del mismo modo que cada comunidad propone soluciones a la sobrevivencia material dentro de ciertos esquemas que le indican que son ésas las soluciones más adecuadas a su contexto geográfico e histórico. Así, incluso los alimentos más básicos tienen un anclaje en la cultura, las tradiciones y las historias de quienes

los consumen. Por ello no puede decirse que las remesas que se envían a la familia son sólo para comer, sino que están pensadas e imaginadas en términos muy concretos: los migrantes mexicanos mandan dinero en primer lugar para los frijoles y las tortillas, cuya significación no es directamente económica, sino cultural.

De la misma manera, los envíos que representan un relativo “excedente” están dirigidos a atacar problemas cuyas estrategias y lugar en la jerarquía de solución están vinculados con una cultura específica (local, regional o nacional). Las necesidades se ordenan de acuerdo con una serie de reglas que varían de un individuo a otro y de una familia a la siguiente, pero que se ajustan a ciertos límites establecidos por los valores culturales en los que se insertan los miembros de una sociedad y cultura determinadas. Así, aunque “primero es comer que ser cristiano”, es claro que los valores religiosos de los migrantes mexicanos tienen un lugar cuya jerarquía se entrecruza con la importancia de comer. Una vez comprados los frijoles y las tortillas hay que dar gracias a Dios y a los santos (empezando por los locales y los de la devoción familiar) por el milagro de que el pariente o amigo haya logrado cruzar, llegar sano, conseguir trabajo, contactar amigos, pagar deudas. Tanto como elemento de la identidad local y regional, como elemento de cohesión más allá del terruño, lo religioso logra expresarse no sólo en limosnas, sino en obras tangibles que se derivan de las remesas individuales y, cada vez más, de las remesas colectivas de los paisanos organizados en el extranjero. Así, las devociones locales reciben una atención que muestra el interés de los emigrados por conservar los favores de los dioses locales y por acrecentar los mutuos beneficios (los milagros realizados se pagan con obras que van más allá de las simples buenas razones). El terruño refleja los éxitos y los logros de sus hijos ausentes, en la medida en que los emigrados logran la comunicación con la familia y con los coterráneos para expresar su deseo de conservar y acrecentar la cultura local, como un testimonio para las generaciones actuales y futuras.

Las remesas y la patria están vinculadas de maneras múltiples y muestran cómo las culturas solucionan no sólo necesidades vitales, sino la jerarquía que tienen las demás obras posibles que los centavos de dólar pueden comprar en el terruño. Mientras la gente va y el dinero viene, los productos del terruño se envían a los lugares de destino y las instrucciones de pagar y contribuir al desarrollo de la comunidad inmediata llegan desde el lugar de trabajo en el extranjero. La patria se concibe no sólo como un lugar sagrado y de expulsión, sino también de recepción de recursos que vinculan a los emigrados, cuyo éxito debe hacerse aparente en el lugar de origen. De la misma forma en que los emigrados reproducen al menos en una escala mínima a la patria en los espacios de recepción (piénsese por ejemplo en las múltiples *Little y New* que reiteran el nombre de la localidad de origen), la patria se beneficia de los logros de los emigrados. El que no fuera así sería una expresión de fracaso (cosa que refleja el valor que tiene el éxito en el extranjero dentro de una normatividad culturalmente establecida) y de falta de amor al terruño y a todo lo que éste representa (los ancestros, las tradiciones, los proyectos, el amor a la familia presente y futura, entre otros elementos).

Las remesas en los últimos años, en los que se ha podido constatar una mayor atención y un mayor interés de los gobiernos locales y estatales para su encauzamiento, están vinculadas a propuestas alternativas de desarrollo local que se hacen desde las decisiones de realizar inversiones, ahorros y gastos por parte de los migrantes y sus familiares. Como bien sabemos, es posible encontrar distintas taxonomías y clases de remesas, pero todas tienen un significado cultural en el sentido de que reflejan que vale la pena enviar dinero para participar en un determinado proyecto individual, familiar o colectivo. De maneras directas o indirectas, las remesas contribuyen a la conservación, ampliación y modificación de la cultura en el terruño, y con sus expresiones materiales inciden en el desarrollo regional: se distribuye dinero entre los pobladores que no salieron del pueblo y se ocupan en la construcción de esas obras, en la

formación de capital humano, en la administración de los bienes acumulados por los migrantes, en la fundación de empresas, en el cuidado de los niños que asisten a la escuela y se empapan del ethos local.

Sin las remesas, a pesar de las críticas en el sentido de que apagan el espíritu empresarial en las localidades que las reciben en forma de salario, no podría hablarse de una expansión de procesos culturales en la escala actual. Por ejemplo, en el renglón de lo religioso, en cuanto expresión cultural por excelencia, los santuarios de los mártires de la cristiada en diversas localidades, los fieles coinciden con los migrantes y envían dólares directamente a las obras o indirectamente al comprar las imágenes de los santos.

Sean de carácter profano o sagrado, las fiestas son una manifestación cultural por excelencia. Las celebraciones cíclicas y los ritos de pasaje se cristalizan en manifestaciones materiales que siguen presentes todo el año no sólo en la piedra, sino en la imaginación y el proyecto de los miembros de una cultura. Así, no sólo las fiestas patronales y los ritos de paso matizados por lo religioso, sino también los momentos del ocio que suceden a las horas y los días de trabajo encuentran su cristalización. La fiesta y el esparcimiento juegan un papel importante en el diseño del espacio comunitario y por ello las remesas de los migrantes se dirigen también a la construcción de lienzos (como declaran, entre muchos otros, el Club Pegueros de Jalisco en California; el Club Social Lobatos de Valparaíso de Zacatecas en California) y de centros deportivos que aseguren que la juventud local “se aleje de los vicios” que muchos emigrados asocian con la cultura nortea. De la misma forma, la celebración de la fiesta patronal en dos espacios distintos (Club Cultural Adjuntas del Refugio, Zac, en California y en Illinois; Club de ayotitlenses en Salinas, California), los arreglos al templo (Club Latino de Jerez y el Niño Jesús en Illinois), o la construcción “de una iglesia” (Club Social Chacuiloca, Tepechtlán, Zacatecas en California) expresan la necesidad de asegurar espacios materiales para la conservación de la cultura.

Las expresiones colectivas están vinculadas también con el prestigio del migrante: enviar dinero es una forma de hacer llegar al terruño el mensaje del éxito en tierra ajena. Significa no sólo que el emigrado alcanzó su destino geográfico, sino que ha sido capaz de emplearse productivamente, que comienza a pagar sus deudas, a concretar sus sueños (propios o introyectados, individuales y colectivos) y a cumplir sus promesas. Estas expresiones de éxito están estrechamente vinculadas con el prestigio que obtienen los líderes de las organizaciones de migrantes en cuanto demuestran su capacidad de proponer proyectos, convocar esfuerzos, recabar recursos, establecer comunicación con los principales de la localidad, hacer rendir sus recursos personales de tiempo y dinero, mostrar su amor por los demás, coordinar esfuerzos transterritoriales, lidiar con las autoridades y los equipos encargados de materializar el envío de dólares en obras de beneficio y lucimiento colectivo.

Como puede verse, las remesas no sólo expresan los logros económicos, sino también la capacidad de ampliar el alcance de las redes basadas en la confianza mutua y las ligas familiares y sociales. Como bien señalan los analistas de las redes sociales, los más pobres no son los que nada tienen, sino los que carecen de vínculos sociales: estos vínculos sociales son parte de una cultura que fundamenta el intercambio entre distintos tipos de capital: el conocer a alguien que comparta la cultura y la jerarquía de las obras a realizar en el terruño genera la posibilidad de encontrarse en una red que no sólo apoye el avance material de los individuos, sino la posibilidad organizativa para establecer y promover nuevos proyectos acordes con los valores locales y regionales. De este modo, quienes participan como corresponsales en las puntas de una relación que se expresa en las remesas individuales y colectivas juegan un papel en el establecimiento y actualización de la confianza que tienen los ausentes en que los recursos que envían se aplicarán en los asuntos para los que fueron asignados. La organización

colectiva que se expresa en las remesas (familiares o grupales) trasciende la confianza de familia y genera lazos de mutua obligación y confianza que se extienden entre los miembros de asociaciones que funcionan a ambos lados de la frontera y que se coordinan con agentes más allá de la red de migrantes de la localidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Boehm, Deborah. "From Both Sides": (Trans)Nationality, Citizenship, and Belonging Among Mexican Immigrants To The United States". En: Federación de Clubes Unidos Zacatecanos en Illinois. 1999, 2000, 2001. Revistas anuales de la federación. Chicago, Illinois.
- Federación de Clubes Zacatecanos del Sur de California. 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001 y 2002. Revistas anuales de la federación. Los Angeles, California.
- Fitzgerald, David. 2002. "Rethinking the 'Local' and 'Transnational': Cross-Border Politics and Hometown Networks in an Immigrant Union". Trabajo presentado en el Institute for Labor and Employment. Universidad de California, Santa Cruz. Enero 18-19, 2002.
- Goldring, Luin. 2002. "Remesas familiares, remesas colectivas y desarrollo: implicaciones sociales y políticas de una desagregación de remesas".
- González Gutiérrez, Carlos. 1994. Documento inédito.
- Hamann, Volker. 2001. "Migración internacional y crecimiento regional en el estado de Zacatecas". *Caleidoscopio*. Revista de ciencias sociales y humanidades. Universidad Autónoma de Aguascalientes. Año 5, Número 9, enero-junio.
- Moctezuma Longoria, José Miguel. 2000. "El circuito migrante Sain Alto, Zacatecas-Oakland, California". *Comercio Exterior*. Vol. 50, Núm. 5. (mayo). México.
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo. 1998. *Los sentidos de la transición. Migrantes internacionales y cultura regional*. Tesis de doctorado en ciencias sociales. El Colegio de la Frontera Norte
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo. 1999. "Migración y mitos alteños" *Estudios Jaliscienses*. Núm. 37. El Colegio de Jalisco. Zapopan.
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo. 2000. "Representación religiosa de los mexicanos exiliados". *Estudios Jaliscienses*. Núm. 39. El Colegio de Jalisco. Zapopan.
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo. 2001a "La religiosidad de los migrantes en el espacio y en la creencia". En: Lourdes Celina Vázquez Parada (coord.), *Diálogo entre razón y fe. Eugen Drewermann en Guadalajara*. Universidad de Guadalajara.
- Morán Quiroz, Luis Rodolfo. 2001b. "Entre la conservación de la cultura y la integración social: asociaciones de extranjeros en Alemania". Reporte final de investigación posdoctoral en la Universidad de Bayreuth, Alemania. Inédito.
- Rosaldo, Renato. 1997. "Cultural Citizenship, Inequality, and Multiculturalism". En: William V. Flores y Rina Benmayor (eds.), *Latino Cultural Citizenship. Claiming Identity, Space and Rights*. Beacon Press. Boston.
- Smith, Michael Peter, Luis Eduardo Guarnizo. 1998. "The Locations of Transnationalism". En: Guarnizo y Smith (eds.), *Transnationalism From Below*. Transaction Publishers. New Brunswick.

ENTREVISTAS

Realizadas por Carol Zabin y colaboradores. 1997. Area del centro y sur de California.

Realizadas por Rodolfo Morán entre 1997 y 2002 en Ayotitlán, Tepatitlán, Jalostotitlán, Pegueros, Arandas y Tuxpan, Jalisco; Sain Alto, Zacatecas; Ontario, Sanger, Los Angeles, California; Berlín, Munich, Nuremberg y Bayreuth, Alemania.

Referencia electrónica:

<http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/modules/documentos/3.pdf>